

en que nos sentamos cuando éramos muy chiquillos. Han pasado ya varios años y ahora dicen que yo soy una mujer y tu un hombre. Pero verdad que no somos viejos? Tu tienes dieciocho y yo dieciseis. Mientras marchaba por ese camino que hemos recorrido juntos tantas veces y que desde que tú tefuiste, me parece un adiós muy largo, muy largo, he vuelto los ojos a esa época, en que no éramos más grandes que tu hermano Juan y he creído vernos venir por ese camino, hacia la escuela: tu con los calzones por la rodilla, el sombrero metido hasta las orejas y la alforja con el almuerzo a la espalda. En los días de lluvia, te quitabas las botas y me obligabas a calzármelas para que no me llenara los pies de barro, «Achará tus piecitos tan blancos que se hundan en ese barro tan negro!» decías .. Y tu quedabas descalzo! Ay! Andrés, cuánto te quiero!

Los chiquillos de los Serrano son los que ahora se sientan en nuestro banco. Yo pedí al maestro permiso de entrar para sentarme en él: todavía en una esquina están nuestros nombres que grabaste con la cuchillita que te regaló el tío Jacinto una vez. Por la ventana abierta, el bosque de conchudos y lentiscos bajo los cuales jugamos tanto! Pensé en lo mucho que te gustan los conchudos, de los que dices son los árboles más bellos que conoces, «con su follaje crespo, sus ramas que se extienden con una armonía tan descuidada y sus troncos admirables.» Ves como recuerdo tus palabras? Cuánto nos distraíamos mirando desde la sala, el bosque, oyendo cantar los jilgueros y mirando ir y venir aquellas abejas de jicote barcino, cuya miel olía a flores de jaral y que tenían su panal en el árbol más grande. Los chiquillos de ahora también se distraen, y el viejo maestro da puñetazos terribles en la mesa como en nuestro tiempo. Figúrate que iba a poner de rodillas al hijo de Juan Pedro el del Roble, porque en vez de deletrear en el cartelón, hacía muecas siguiendo los brincos de una ardilla que jugaba entre las ramas de los árboles del bosque. Yo dije al

maestro: «Mire Ud. mi señor maestro Roque, no lo castigue, que es más divertido estar mirando esa ardilla, que los cartelones con sus letrotas negras. Andrés y yo hacíamos igualito.» Al oír tu nombre el buen viejo se conmovió y el hijo de Juan Pedro no fué castigado.

Pronto termino, Andrés, otras líneas y ya no más. Te quiero decir de los yigüirros: Ya no cesan de cantar en las tardes; se pone el sol y ellos como si tal cosa, con su canto tan quejumbroso y largo que se me mete en el alma lo mismo que una tristeza. El invierno se acerca, ellos son sus heraldos y a mí me agarra una angustia al pensar en el inmenso sonido de la lluvia, y en las tardes en que sólo se ve el cielo negro como a través de un enrejado finísimo y cristalino! Yo soy hija del sol, Andrés, amo los días radiantes en los que el cielo es azul y cantan las cigarras!

Esta tarde, antes de escribirte me fuí a la troje, para pensar en tí y que nadie me interrumpiera. Desde allí veía el roble que está cerca de la tranquera, bajo el cual te ibas a leer en los mediodías. El sol se puso y comenzaron a salir las estrellas y a través de las hojas del roble, ví brillar aquella tan luminosa que tú me decías se llama la Cabra que va con sus tres cabritos, tres estrellitas chirrisquíticas... Pues bien, a mí me parecía que estaba entre el árbol y como es tan inquieta y además el viento movía las hojas, yo imaginaba que era un pájaro de oro y plata que brincaba entre las ramas. Allí, mirando esa estrella y pensando en tí, me estuve hasta que sentí a mi madre llamarme.

Cuándo volverás? Ya sé que te irás al extranjero, muy lejos, del otro lado del gran mar. Ay! virgen mía del Carmen, quisiera morir! Hoy he deshojado una margarita. Volverá? No volverá? Ay! Andrés, y me dijo que no... Pero yo no hago caso. Verdad que no debo sufrir por lo que me contestó la margarita?

Adiós.

LUCÍA."